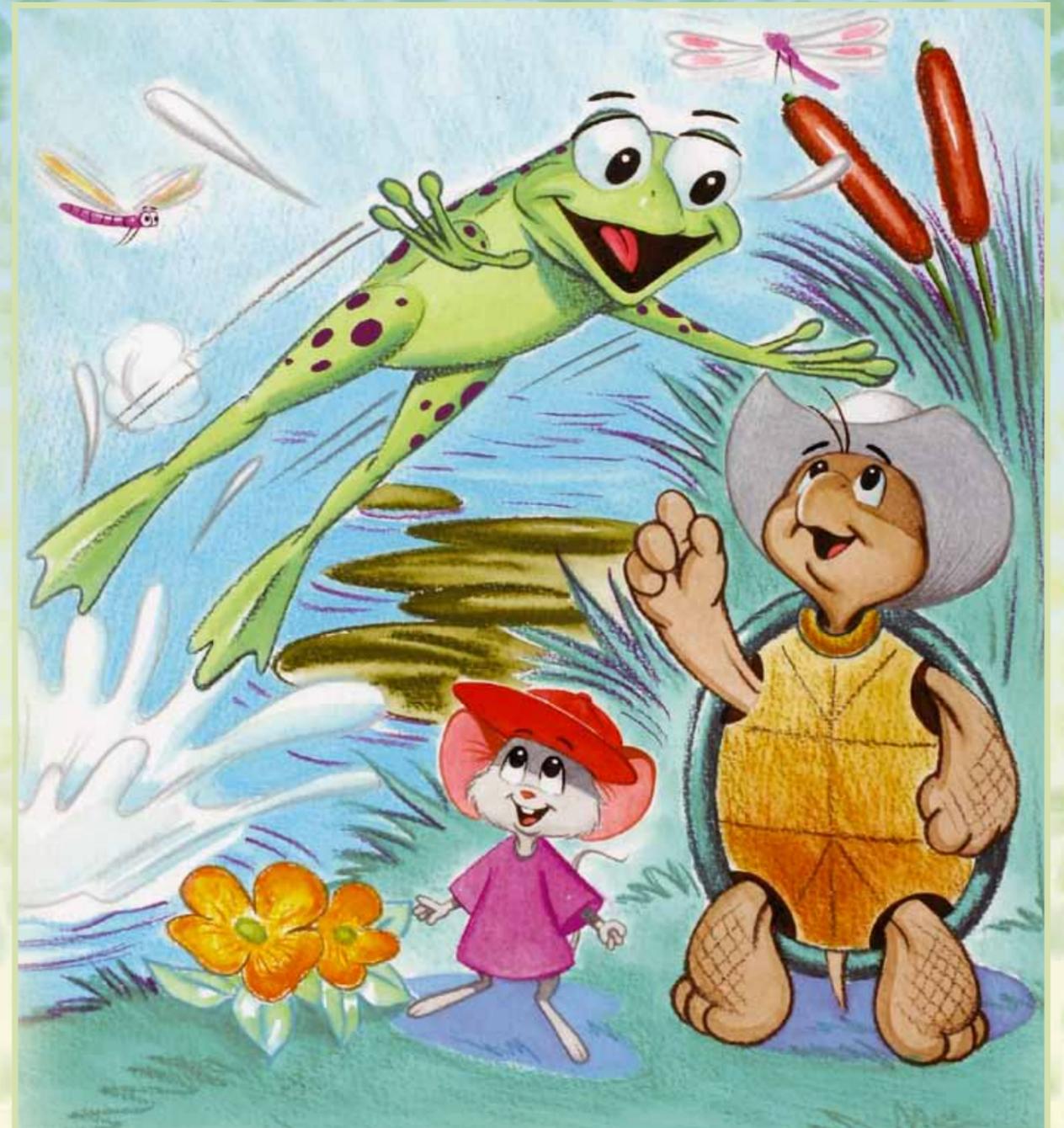


Las aventuras de Pasolento y Carrerín

## El regreso de Brincos

Las aventuras de Pasolento y Carrerín: El regreso de Brincos



Es un día común y corriente en la Laguna de las Totoras; ¡pero vaya sorpresa la que les espera a Pasolento y Carrerín! En medio de toda la emoción, este último sufre un desafortunado percance. ¿Habrá quien lo rescate?

*El regreso de Brincos* resalta la importancia de la consideración y enseña a los niños a estar pendientes de sus amigos y echarles una mano cuando hace falta.

*Las aventuras de Pasolento y Carrerín* es una colección de encantadores cuentos infantiles a todo color que imparten valores y enseñanzas formativas de manera entretenida. El texto es de Katuscia Giusti, educadora anglo-italiana, autora también de los *Cuentos del abuelito*; y los dibujos del aclamado artista estadounidense Hugo Westphal, que ha ilustrado asimismo los libros *Crece con cuentos* y muchos otros. ¡No te pierdas los demás títulos de la colección!

ISBN 978-3-03730-509-6



A-SP-BC-TZ-002-P

 **aurora**  
es.auroraproduction.com



aurora

Las aventuras de Pasolento y Carrerín

# El regreso de Brincos

Autora: Katuscia Giusti

Traducción: Tomás y Quiti de la Puente

Ilustraciones: Hugo Westphal

Título original: *The Adventures of Trudge and Zippy—Welcome Back, Webber!*

ISBN de la edición original: 978-3-03730-252-1

ISBN de la versión en castellano: 978-3-03730-509-6

© Aurora Production AG, Suiza, 2004-2010

Derechos reservados. Impreso en Taiwán.

<http://es.auroraproduction.com>



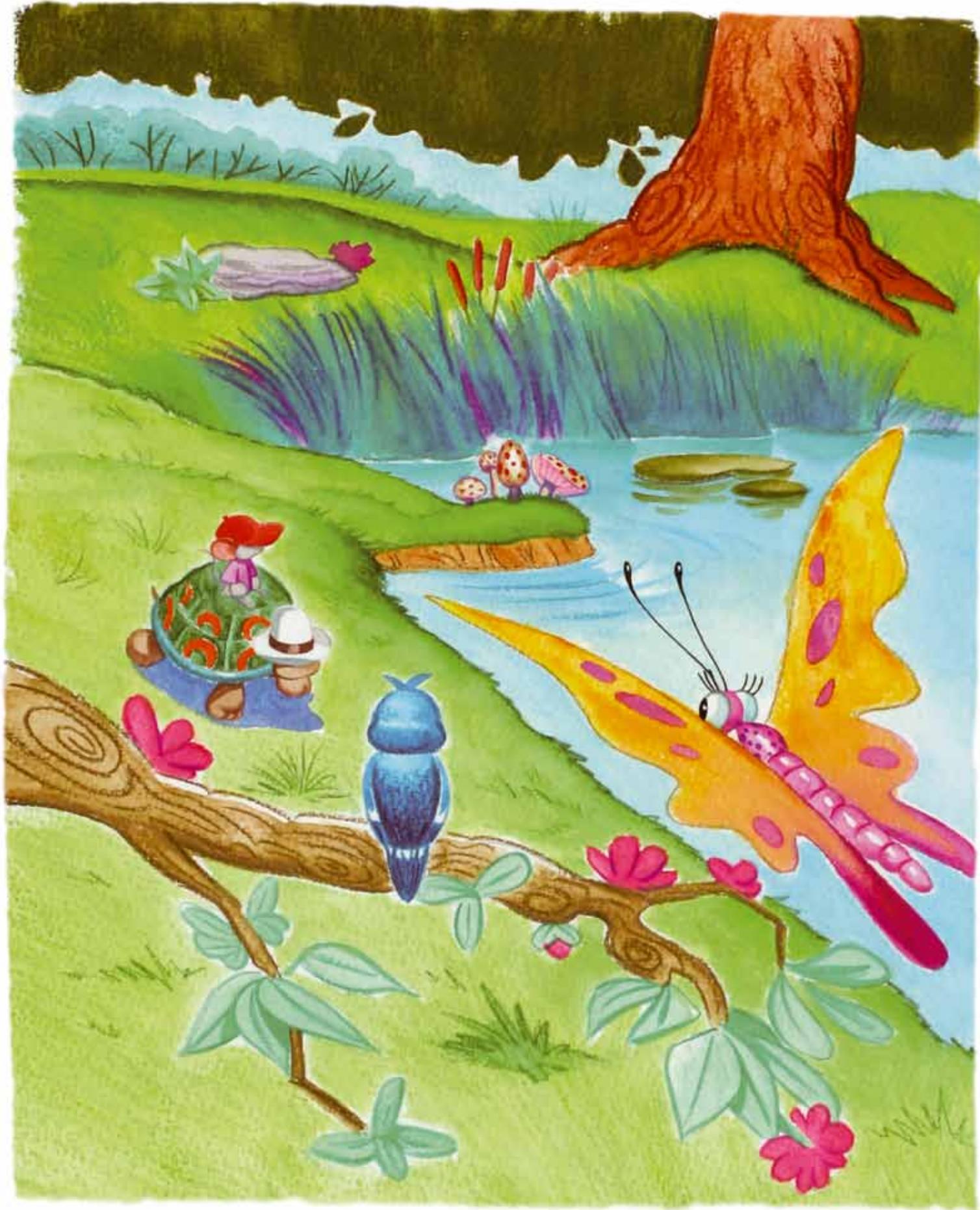
— ¡Oigo una rana! — anunció Carrerín.  
— Yo no — dijo Pasolento.  
— Escucha bien.  
« ¡Cro, cro! »



—¿Será que Brincos regresó de su viaje? —exclamó Carrerín emocionado.  
—Súbete a mi caparazón y dime si ves algo. ¡Ojalá sea él! ¡Hace tanto que se fue!



Carrerín se puso de puntillas, estiró el cuellito lo más que pudo y echó un vistazo por encima de las totoras.



—No veo nada —dijo—. Alejémonos de las matas. Quizás alcance a ver más desde allá.



Pasolento se puso a caminar por la orilla con Carrerín encima. Éste iba oteando la laguna para averiguar de dónde venía aquel sonido.

—Aquí estamos bien —le indicó a su amigo.

De repente se oyó muy fuerte... «¡Cro! ¡Cro!»



— ¡AAAYYY! —gritó Carrerín perdiendo el equilibrio.  
El ratoncito cayó de cabeza sobre la hierba alta que había al borde la laguna.  
— ¿Estás bien? —preguntó Pasolento.

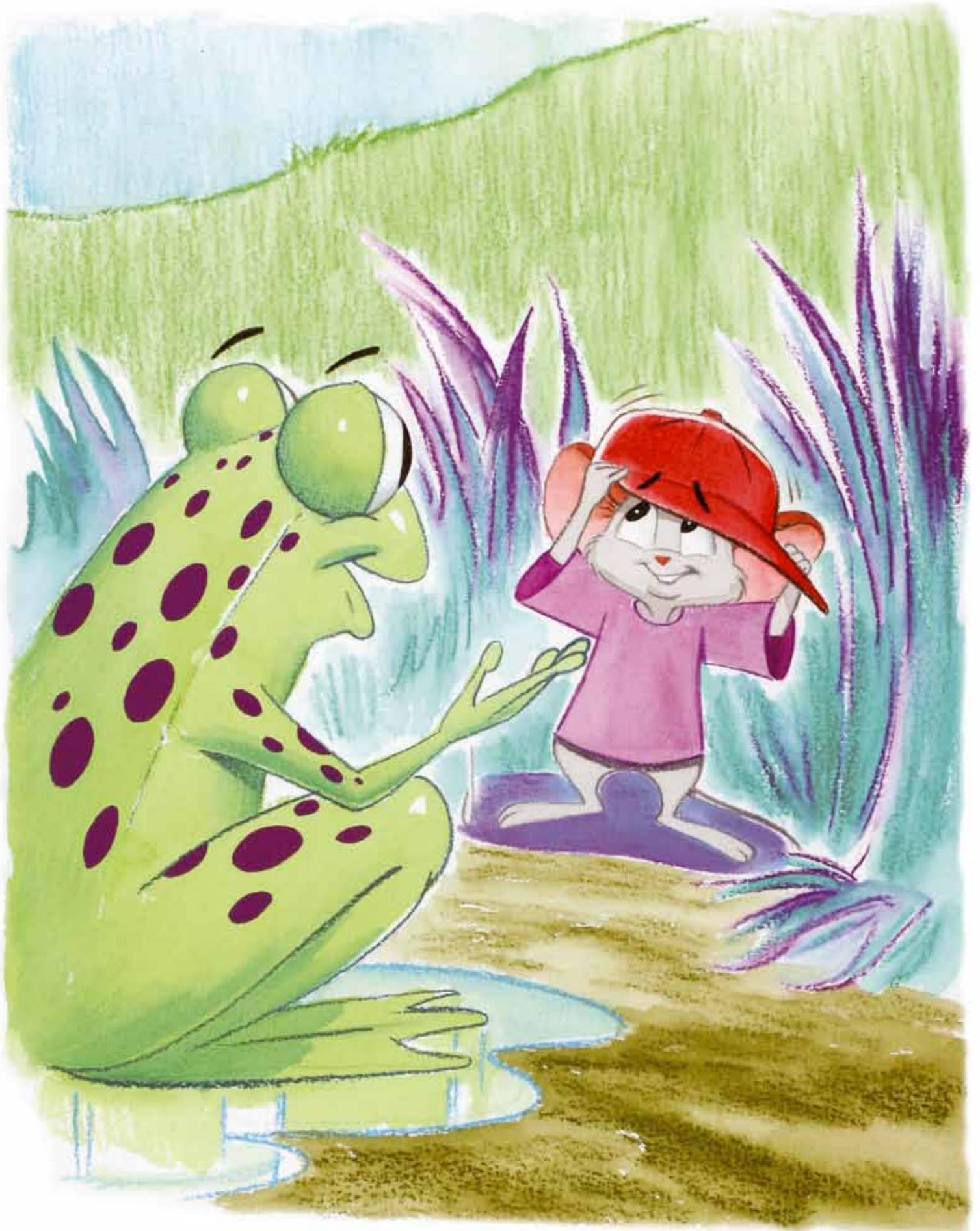


—Sí —murmuró Carrerín.

Pero cuando estaba a punto de montarse otra vez encima de Pasolento, notó dos ojazos que lo miraban.

—¿Brincos?

—¡El mismo! —exclamó la rana, dado un salto.



—¿Te asusté, Carrerín? —preguntó Brincos.

—¡No, qué va! No me asustaste... Sólo... bueno, sí; un poquito.



La rana sonrió de oreja a oreja.

—¡Estoy tan contento de haber vuelto! Los eché de menos, chicos.

—Y nosotros a ti —dijeron sus amigos al mismo tiempo.

—¿Vamos al agua? —propuso Pasolento.

—Buena idea —respondió Brincos.



Antes de que Carrerín pudiera pronunciar palabra, sus dos amigos se tiraron de cabeza al agua y nadaron hacia el centro de la laguna.  
—¡Ey! ¡Un momento! —exclamó.



Carrerín se entretuvo en la orilla juntando unas ramitas y una hoja grande. Luego arrastró la hoja hasta el agua y se mojó las puntas de los pies.

—Uuuuyy, ¡está helada! —dijo castañeteando los dientes.  
A Pasolento y a Brincos no parecía importarles el frío.



«¡Qué pena que no sé nadar bien, como Pasolento y Brincos! —pensó Carrerín—. Cada vez que se ponen a jugar en el agua se les olvida que nunca he aprendido a nadar y que no me gusta».

Carrerín se subió a la hoja grande que había echado al agua y se puso a remar con las ramitas hacia el sitio donde se encontraban sus amigos.



De repente el agua empezó a agitarse, y unas olitas sacudieron la hoja de Carrerín.

—¡Uy, uy, uy! —gritó cuando una ola de agua fría rompió sobre su hoja y se llevó sus dos ramitas—. ¿Qué está pasando? ¡Socorro! ¡Auxilio!



Sus amigos no lo oyeron. Estaban de lo más distraídos jugando a salpicar, haciendo olas que se extendían por toda la laguna.

— ¡Apuesto a que salpico más que tú! —desafió Brincos a Pasolento. Entonces saltó lo más alto que pudo, se hizo un ovillo y cayó estrepitosamente al agua.

**¡SOCORRO!**



Los dos se rieron.

Las olas aumentaban de tamaño con cada zambullida. El pobre Carrerín estuvo en varias ocasiones a punto de caerse de su hoja, pues los saltos de sus amigos cada vez salpicaban más.



De repente ocurrió lo inevitable.

¡Plaf!

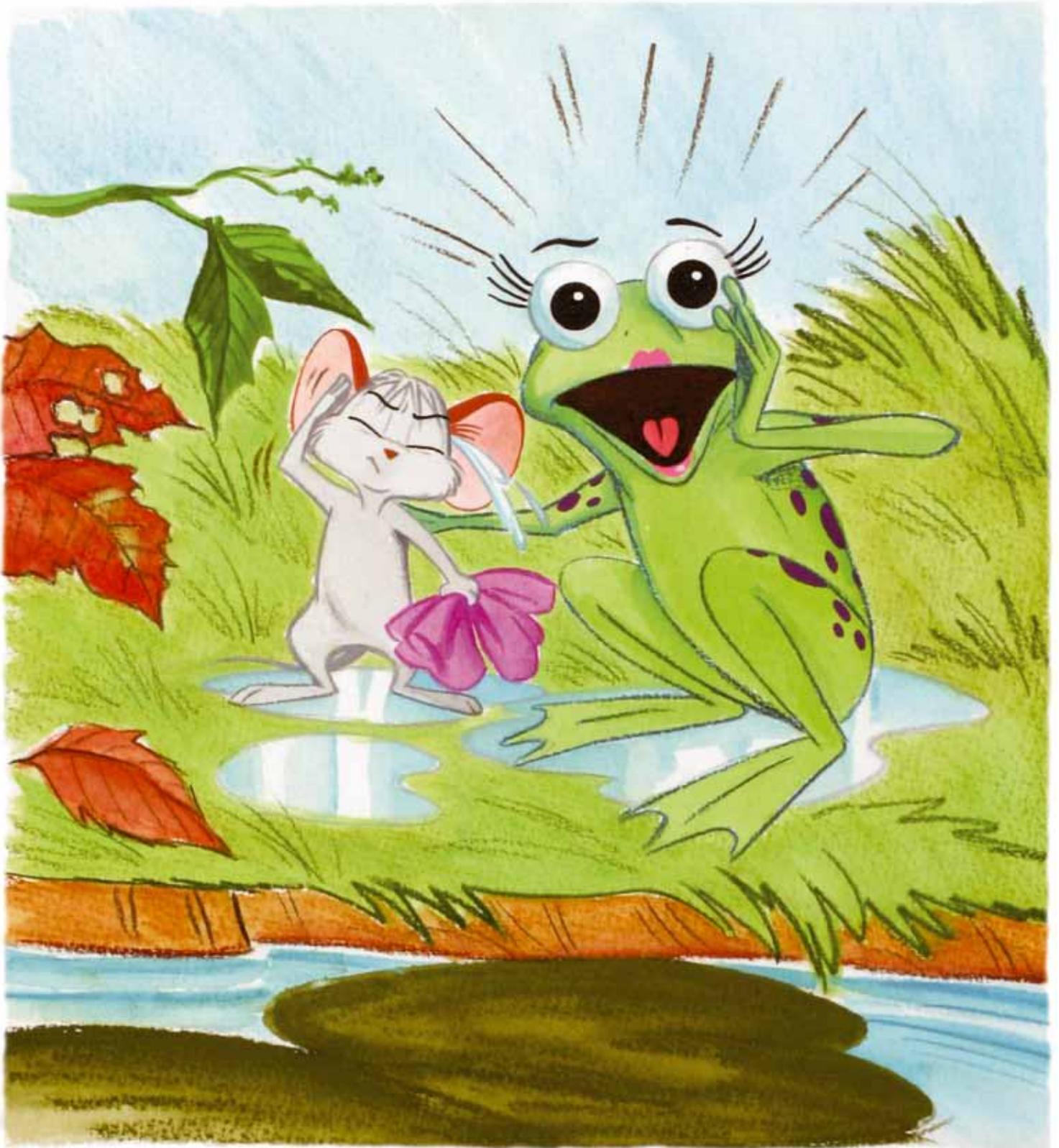
Pasolento y Brincos saltaron al mismo tiempo. La ola que hicieron fue la más grande de todas y arrastró al agua a Carrerín.



—¡Socorro! —chilló mientras chapoteaba para tratar de mantenerse a flote.  
Pero enseguida empezó a hundirse.  
Estaba asustado, pero no se dejó llevar por el pánico.  
—Dios mío, ayúdame, por favor —rogó.



De pronto sintió que alguien lo recogía y lo sacaba rápidamente del agua. Antes de que llegara a entender lo que estaba sucediendo, se encontró en el borde de la laguna, tosiendo y escupiendo agua.



Liana, la hermana de Brincos, había aparecido en el momento oportuno y lo había rescatado.

—¡Pasolento! ¡Brincos! ¡Creo que se les perdió un amigo! —les gritó Liana con su voz de rana.

Pasolento y Brincos nadaron hasta la orilla a toda prisa.

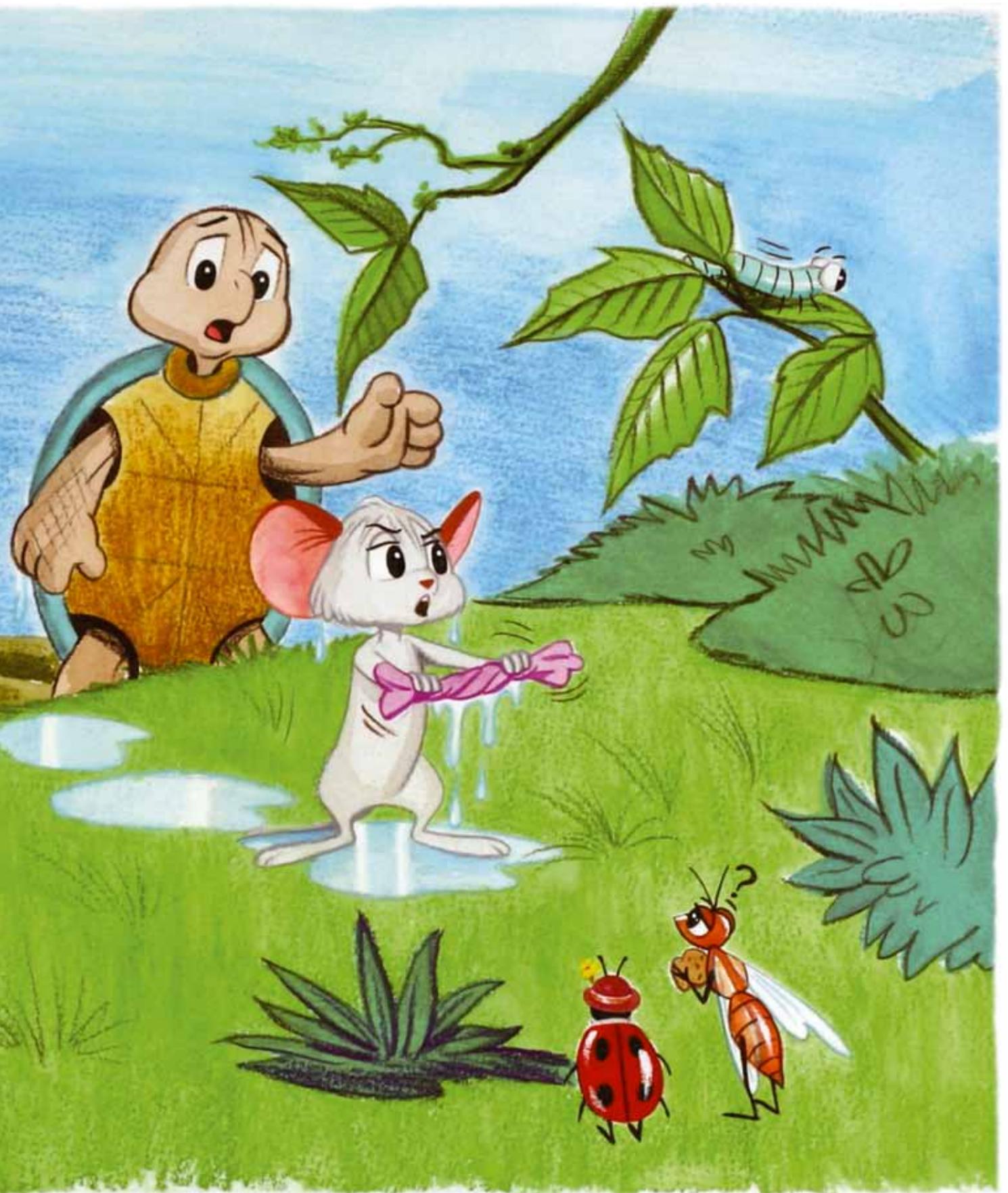


—¿Qué te pasó? —preguntó Pasolento al salir del agua.

Una expresión de enfado se dibujó en el rostro de Carrerín. Dando la espalda a sus amigos balbuceó:

—¡Me dejaron solito! Yo traté de alcanzarlos. ¡Hasta los llamé a gritos!

—Es que estábamos jugando —contestó Brincos, reviviendo la emoción de unos minutos antes.

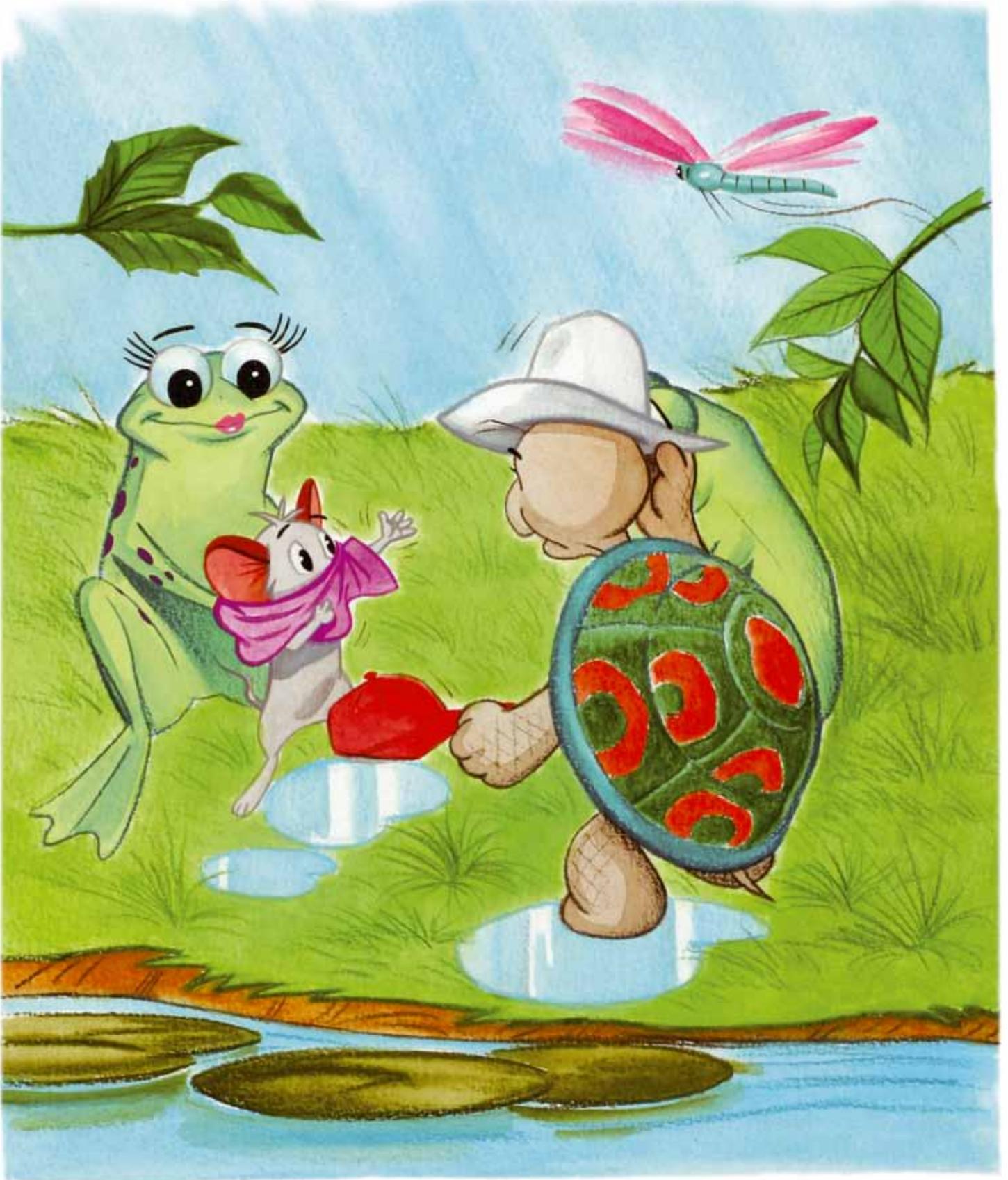


—¡Ya lo sé! —replicó Carrerín indignado—. Si no hubiera sido por Liana, ¡quién sabe lo que me habría pasado!

—Lo sentimos mucho, Carrerín —se disculpó Pasolento—. Creo que como nosotros dos nos sentimos muy a gusto en el agua, se nos olvidó que tú no sabes nadar.



—Procuraremos ser más considerados la próxima vez —agregó Brincos—.  
¿Nos perdonas?  
Carrerín suspiró.  
—Claro que sí. Al fin y al cabo son mis amigos... ¡mis mejores amigos!  
Acto seguido les dio un gran abrazo.



—La próxima vez jugaremos a algo en lo que tú puedas participar —le dijo Brincos.

—Muy amable de tu parte. En realidad no me molesta que se metan en el agua de vez en cuando. Sé que les gusta. Quizá cuando se metan en el agua yo puedo hacer otra cosa en vez de tratar de seguirlos. ¡Qué susto me llevé! Gracias a Dios que estoy bien.

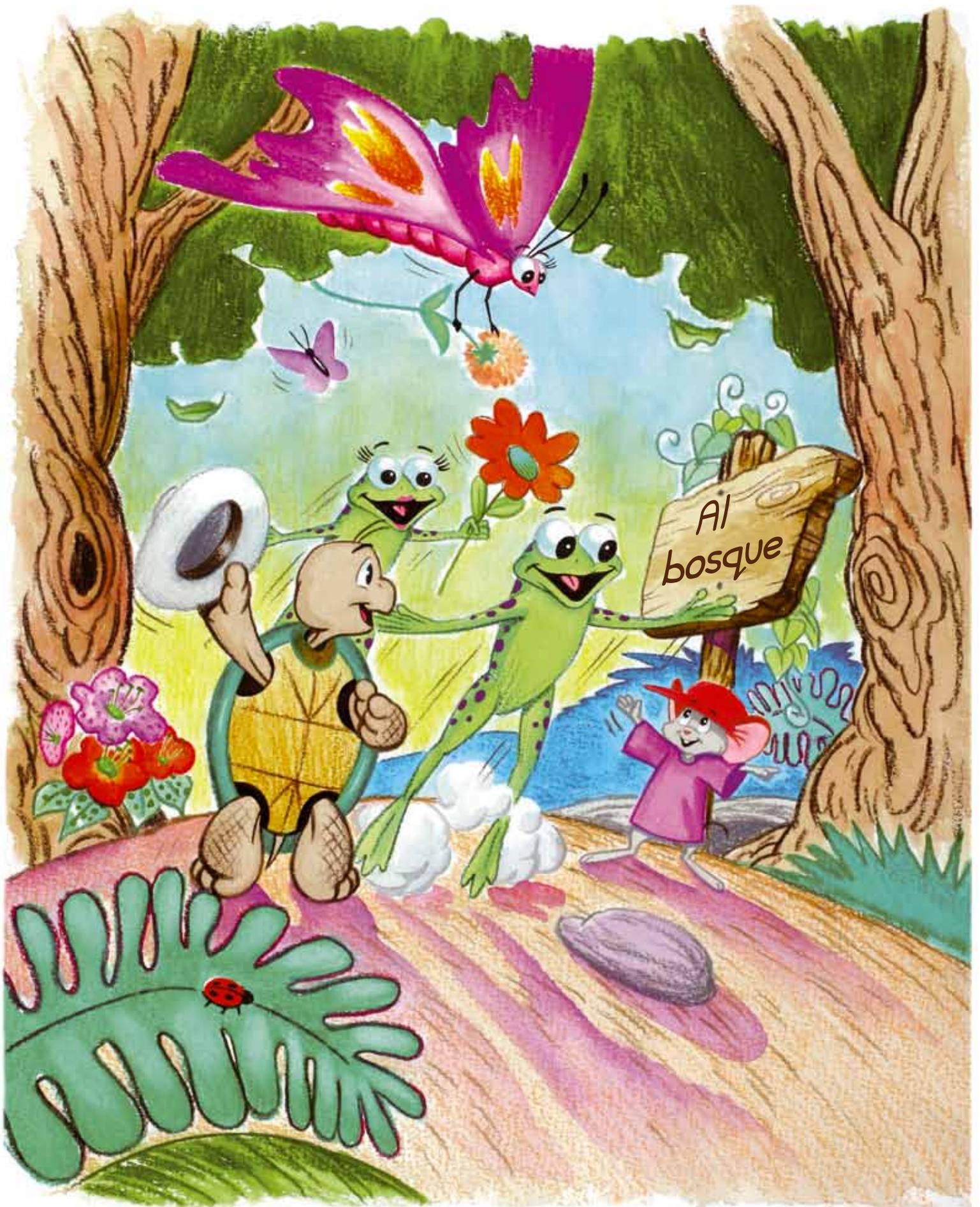


—Si quieres un día podemos enseñarte a nadar —propuso la tortuga.  
—¡Me encantaría aprender! Gracias, Pasolento.



—Y a ti, Liana, ¡gracias por rescatarme! —dijo Carrerín.

—Me alegro mucho de haber podido hacerlo —respondió ella con una enorme sonrisa como la de su hermano.



Los cuatro amigos partieron rumbo al bosque, riéndose y retozando. Habían aprendido a ser más considerados, y eso los había hecho más amigos que nunca.